

Roberto Fernández Retamar

Poemas

Esta tarde y su lluvia

El día es claro y firme ahora. Ha llovido.
Hay un vago recuerdo de la lluvia en el aire.
Las grandes hojas guardan sus minúsculas ruinas
—Múltiples ojos claros, gotas limpias y débiles—
Pero ya el cielo está sencillamente azul
(También, es cierto, hay grandes nubes blancas
Que ondean su orgulloso algodón y sonríen),
Y el aire y su recuerdo se recuestan y duermen.
Esta tarde y su lluvia, he pensado en tus ojos.
Esta lluvia he pensado en tu piel, y esta tarde,
Con su cielo y sus nubes, he pensado en tus ojos.

Una tarde, me he dicho, lloverá frescamente,
Lloverá en nuestras flores, lloverá en nuestras hojas,
Nuestra casa será regida por la lluvia.
(Allí sus hilos largos, de cristal delgadísimo,
Se enredarán quizá en nuestros propios pasos.)
Una tarde tan clara como esta misma tarde,
Lloverá en nuestra casa.
Por eso hoy, inexplicablemente,
Mientras su red sin peces descendía la lluvia,
Mientras las grandes flores acercaban sus labios
Hacia ese largo beso, yo pensaba en tus ojos
Tan tristes como míos, y en tus manos, y en ti,
Y en otra tarde casi como ésta.

©Roberto Fernández Retamar

De: *Patrias, 1949-1951*

Roberto Fernández Retamar

Poemas

Sólo existe

Sólo existe de veras quien dialoga,
Y rostro a rostro con el gran aire,
En jadeo con las cosas totales,
Les va sacando voces, letras
Que con dura piedra negaban.

Sólo es quien agrietó la luz
Y le vio la terrible cara dorada,
Le vio el hueso a la mañana,
El polvo fijo al árbol, al
Que va riendo, su quemadura.

Pero pesa como definitivo hierro,
Siendo, ese de vista verdadera
Que ve las alcándaras del aire,
El delicadísimo halcón de la tarde
Cayendo sobre oscura presa.

© **Roberto Fernández Retamar**

De: Alabanzas, Conversaciones, 1951-1955

Roberto Fernández Retamar

Poemas

Entre los claros milagros

Estoy entre los claros milagros de este día
Surgido azul, radiante, de la luz; baja el viento
Como una sencilla esperanza: aguarda
Todo una plenitud que se va dando
Entre los ciertos, claros milagros de este día.

Escucho cómo algo late en el fondo, arde
Como una seca música, como a la vuelta
De este sol y este cielo: pensar es ahora hundir
Las manos, conceder la palabra al silencio;
Es el viento, la sencilla esperanza.

Lanzo
Hacia las lentas palabras de los astros,
Como llamas, voraces deseos que regresan
De inútil vuelo. Hay una línea, un borde irónico
Donde encontramos y perdemos.

(El día azul
Sigue ascendiendo, como una rosa de incendio.)
© *Roberto Fernández Retamar*

De: Alabanzas, Conversaciones, 1951-1955

Roberto Fernández Retamar

Poemas

Uno escribe un poema

En el agujero del silencio
O sobre la algarabía descuidada infantil,
Encontré un árbol solo con flor rosada
Abriendo su caudal sobre la acera:
Tenía la cresta contra la mañana del cielo,
Y era como una mano, era como
Un pensamiento amigo. Lo poseí
Con tanta fuerza, que nos quedamos aún más solos
El árbol de flor rosada y mi alegría.
Pero luego pensé: triste, acaso imposible
Era este príncipe hasta que yo vine,
Y mis ojos, que atestiguan su perfección,
También le dan realidad. Y esta felicidad
Mía, a solas, quizás es también imposible,
Es como un árbol de flor sin embargo necesaria
Que se desperdicia entre silencio y ruido,
Inexistiendo tal vez, sin el ojo
Que al mirarla, alegrándose,
La haga de veras. Entonces
Uno escribe un poema.

© *Roberto Fernández Retamar*

De: Alabanzas, Conversaciones, 1951-1955

Roberto Fernández Retamar

Poemas

Los que se casan con trajes alquilados

Los que se casan con trajes alquilados,
Desmemoriados,
Olvidados
De que dentro de dos días
Tanto principesco telar,
Acompañado de la gárrula tarde
Y de lágrimas aducidas al final,
Debe estar devuelto, lo menos ajado posible
(El anuncio compartía una enorme pared
Con un letrero absurdo, ¡y sin embargo!);
Y recordando en cambio, sin duda,
Que en cinco, seis horas yacerán gloriosos,
Avanzan incorruptibles, pálidos
Como guantes.

 Ella,
Difícil y vigilada;
 Y él,
Feliz, aunque no pudieron del todo arreglarle
La espalda, y el hombro le tira un poco.

© **Roberto Fernández Retamar**

De: Aquellas poesía, 1955-1958

Roberto Fernández Retamar

Poemas

Súplica del ciego

Se olvidada al ciego, sentado
En un rincón de la tosca vivienda.
Sabía del mundo por los ávidos
Y minuciosos dedos que como algas
Andaban por las cosas; y por
Los encontronazos que no podía
Evitar su cayado; pero sobre todo
Por el leal oído, despierto
Aun cuando dormitaban los secos ojos.
Y los oídos le decían
Otra vez, otra vez, las ásperas
Palabras de los hombres
Cuyos pies se repetían taurinos, cuyas copas
De labrados metales entrechocaban,
Cuyas armas revolaban, pájaros enormes
Entre risotadas imperiales.
El vacilante ciego que había olvidado
El brillo de la espada y el color de la sangre,
Sentado en su rincón, quería
Habitar también esa vida
Que era la vida de los otros.
Y recordó los verdaderos imaginarios,
Otros para todos,
Aun para los impetuosos de la casa
Que fatigaban su laborioso oído.
Y suplicó a la arisca deidad
Que se los entregara vivos
A él, el arrinconado, el inútil.
Le musitó para comenzar: “Musa,
Canta del Peleida Aquiles la cólera...”.

© *Roberto Fernández Retamar*

De: Sí a la revolución, 1958-1962

Roberto Fernández Retamar

Poemas

Epitafio de un invasor

Agradecido a Edgar Lee Masters

Tu bisabuelo cabalgó por Texas,
Violó mexinacas trigueñas y robó caballos
Hasta que se casó con Mary Stonehill y fundó un hogar
De muebles de roble y *Go Bless our Home*.
Tu abuelo desembarcó en Santiago de Cuba,
Vio hundirse la Escuadra Española, y llevó al hogar
El vaho del ron y una oscura nostalgia de mulatas.
Tu padre, hombre de paz,
Sólo pagó el sueldo de doce muchachos en Guatemala.
Fiel a los tuyos,
Te dispusiste a invadir Cuba, en el otoño de 1962.

Hoy sirves de abono a las ceibas.

© *Roberto Fernández Retamar*

De: Alabanzas, Conversaciones, 1951-1955

Roberto Fernández Retamar

Poemas

Felices los normales

A Antonia Eiriz

Felices los normales, esos seres extraños.
Los que no tuvieron una madre loca, un padre borracho,
 Un hijo delincuente,
Una casa en ninguna parte, una enfermedad desconocida,
Los que no han sido calcinados por un amor devorante,
Los que vivieron los diecisiete rostros de la sonrisa
 Y un poco más,
Los llenos de zapatos, los arcángeles con sombreros,
Los satisfechos, los gordos, los lindos,
Los rintintín y sus secuaces, los que cómo no, por aquí,
Los que ganan, los que son queridos hasta la empuñadura,
Los flautistas acompañados por ratones,
Los vendedores y sus compradores,
Los caballeros ligeramente sobrehumanos,
Los hombres vestidos de truenos y las mujeres
 de relámpagos,
Los delicados, los sensatos, los finos,
Los amables, los dulces, los comestibles y los bebestibles.
Felices las aves, el estiércol, las piedras.

Pero que den paso a los que hacen los mundos
 y los sueños,
Las ilusiones, las sinfonías, las palabras que nos desbaratan
Y nos construyen, los más locos que sus madres, los más
 borrachos
que sus padres y más delincuentes que sus hijos.
Que les dejen su sitio en el infierno, y basta.

© **Roberto Fernández Retamar**

De: Buena suerte viviendo, 1962-1965

Roberto Fernández Retamar

Poemas

Que veremos arder

*A Marcia Leiseca, conversando
Hacia la Plaza de la Revolución*

Abel derramó su sangre en el comienzo.
No lo siguieron más que los humildes, los olvidados.
Y, luego de andar sobre el mar,
Quedaron doce, y todo empezó de nuevo.
Bajaron con barbas al romper el año,
Y tuvieron discípulos sobre la vasta tierra.

Esto lo sabía ya el libro.

Pero los símbolos que ellos hicieron
No tenían libro: los que hicieron las cosas
No tenían nombres, o al menos sus nombres
No los sabía nadie. Las fechas que llenaron
Estaban vacías como una casa vacía.
Ahora sabemos lo que significan Cuartel Moncada, 26,
Lo que significan Camilo, Che, Girón, Escambray, octubre.
Los libros lo recogen y lo proponen.

El viento inmenso que lo afirma barre las montañas
y los llanos
Donde los que no tienen nombre,
O cuyos nombres no conoce nadie todavía,
Preparan en la sombra llamaradas
Para fechas vacías que veremos arder.

© **Roberto Fernández Retamar**

De: Que veremos arder, 1966-1969

Roberto Fernández Retamar

Poemas

Con las mismas manos de acariciarte...

Con las mismas manos de acariciarte estoy construyendo una escuela.

Llegué casi al amanecer, con las que pensé que serían ropas de trabajo,
Pero los hombres y los muchachos que, en sus harapos esperaban
Todavía me dijeron señor.
Están en un caserón a medio derruir,
Con unos cuantos catres y palos: allí pasan las noches
Ahora, en vez de dormir bajo los puentes o en los portales.
Uno sabe leer, y lo mandaron a buscar cuando
supieron que yo tenía biblioteca.
(Es alto, luminoso, y usa una barbita en el insolente rostro mulato.)
Pasé por el que será el comedor escolar, hoy sólo señalado por una zapata
Sobre la cual mi amigo traza con su dedo en el aire ventanales y puertas.
Atrás estaban las piedras, y un grupo de muchachos
Las trasladaban en veloces carretillas. Yo pedí una
Y me eché a aprender el trabajo elemental de los hombres elementales.
Luego tuve mi primera pala y tomé el agua silvestre de los trabajadores,
Y, fatigado, pensé en ti, en aquella vez
Que estuviste recogiendo una cosecha hasta que la vista se te nublaba
Como ahora a mí,
¡Qué lejos estábamos de las cosas verdaderas,
Amor, qué lejos -como uno de otro!
La conversación y el almuerzo
Fueron merecidos, y la amistad del pastor
Hasta hubo una pareja de enamorados
Que se ruborizaban cuando los señalábamos, riendo,
Fumando, después del café.
No hay momento
En que no piense en ti.
Hoy quizás más,
Y mientras ayude a construir esta escuela
Con las mismas manos de acariciarte.

Roberto Fernández Retamar

Poemas

Duerme, sueña, haz

«Duerme bajo los Angeles, sueña bajo los Santos»
Rubén Darío

Echan abajo muros que nunca debieron existir
Y levantan o refuerzan otros que no deben existir tampoco
Y un día serán a su vez abajados con estruendo.
Avanzan tanques en la sombra.
Derriban estatuas de gallardos combatientes
Cuyas imágenes verdaderas fueron erigidas para siempre en
el alma.
Desaparecen o aparecen o se desgarran países
Y otros son invadidos, mutilados,
Y hay lugares donde se celebra con fiestas de colores el
crimen
Que denuncia una vocecita de niña sola entre altos
cristales.
Cambian de rumbo armas que ahora sólo apuntan al Sur.

Y tú,
Príncipe, campeón, pirata, capitán, copo de plumas,
Robin por ahora de bosques de lino,
Tigre rojo
En quien tras muchas décadas han reaparecido
Los nombres de los hijos mayores
De quienes se alegrarían tanto de saberlo
Si no fueran ya polvo en la sombra, sombra en el polvo;
Tú,
Deseado en largas noches de Africa,
Concebido en Cuba por amor, para el amor,
Sin saber que en tus hombros hoy de rosa
Debes sostener las constelaciones de fuego y la historia,
Más rigurosa, más implacable que las constelaciones,

Estás cumpliendo tus primeros dos meses de haber venido
A este extraño planeta, a esta increíble casa en llamas.
Y como naciste águila y no serpiente de cascabel,
Potro libre en la llanura y no borrego,
Te toca rehacerla y engrandecerla
Palmo a palmo,
Trino a trino,
Flor a flor.

Perdónalos,
Perdónanos,
Perdóname,
Phocás.

Playa de Jibacoa, 28 de agosto de 1991